



## LECTURAS

Josefina Guerineau

### Diez días en un psiquiátrico

Nellie Bly

Alquimia Ediciones, 2021.

A lo largo de la historia han surgido testimonios y relatos ficcionales de mujeres que han expuesto sus relaciones con el discurso y la práctica manicomial. Esos textos respondieron a motivaciones tan diversas como narrar vivencias, relatar sufrimientos, denunciar abusos o intentar construir la propia identidad.

Un hito en ese derrotero fue, sin duda, *Diez días en un psiquiátrico* (*Ten days in a mad house*, según su título original de 1887, cuya traducción más fidedigna hubiera sido *Diez días en un manicomio*, como se prefirió en la primera edición en español de Buck, aparecida en Barcelona en 2009), que acaba de publicarse nuevamente en Buenos Aires.

Hacia finales del siglo XIX en los Estados Unidos comenzaba a abrirse un mundo de posibilidades para las mujeres. Es en esa época en la que surge la figura de Elizabeth Jane Cochran, quien, indignada, envió una carta al diario *Pittsburgh Dispatch*, rebatiendo los argumentos de una columna publicada en ese medio, titulada: "Para qué sirven las chicas", en la que se afirmaba que las mujeres solo eran útiles para el trabajo doméstico y la procreación. Impresionado por esa misiva, el editor del periódico propuso a Cochran integrarse como miembro de la redacción, convite que ella aceptó, y para lo cual adoptó el seudónimo Nellie Bly.



Elizabeth Cochran (1864-1922), "Nellie Bly" a sus 20 años.

A partir de entonces, el periodismo fue utilizado por Bly como una plataforma para el activismo reformista, obligando a la sociedad a informarse de los horrores que se le imponían a los grupos más vulnerables. Sin embargo, su militancia no estuvo exenta de conflictos, en desacuerdo con ciertos sesgos conservadores que adoptó el diario, renunció al *Pittsburgh Dispatch* y se radicó en New York adonde, en el periódico sensacionalista *New York World*, de Joseph Pulitzer, le encomendaron la singular tarea de investigar lo que se denunciaba que acaecía en el Asilo de mujeres lunáticas (*Women's Lunatic Asylum*) de la Isla de Blackwell. Bly aceptó y, temerariamente, se hizo internar en ese lugar en 1887.

En el texto que comentamos aquí describe su trabajo de campo, un señero antecedente del periodismo de investigación, como "... una narrativa directa y sin barnices sobre el tratamiento de las mujeres internadas"; el cual le permitió, por un lado, denunciar y exponer las injusticias asociadas al sistema de institucionalización que padecían las pacientes, y por el otro, contribuir a la reflexión sobre lo que significaba ser mujer y estar loca.

A lo largo del relato, la autora describe detalladamente los pasos a seguir para lograr su misión: ingresar al asilo, deteniéndose en la interpretación personal que se vio forzada a hacer para simular ser una paciente psiquiátrica: "Empecé a confiar más en mi habilidad, ya que un juez, un doctor, y una masa de personas ya me habían declarado loca". Comentario que deja traslucir una forma de funcionamiento de ese entonces en la cual el estigma podía más que la observación clínica.

Su odisea continuó una vez dentro del psiquiátrico. Durante su investigación entabla diálogo con una compañera de encierro: "¿Dónde estamos?! En el asilo de lunáticos de la Isla Blackwell, respondió con tristeza. / ¿Tú estás loca?! No, me respondió, pero cómo hemos sido enviadas aquí, tenemos que quedarnos tranquilas hasta que encontremos alguna forma de escapar".

El manicomio se delinea así como una paratopía, como propone Rafael Huertas en *Locura en primera persona* (2020), una ubicación paradójica, un lugar que el sujeto no siente como propio, al que no le vincula ningún sentimiento de pertenencia, un lugar imposible en el que no debe ni tiene por qué estar. Un sitio en el que al sentimiento de no pertenencia se le agrega la negación de la identidad, el lenguaje no compartido, la soledad y la locura.

Simultáneamente a ese fenómeno de anomia Bly observó una característica propia de ese tipo de instituciones de segregación en tanto lugares de la pobreza: *“Muchas que llegaban ahí lo hacían después de ser detenidas por crímenes absurdos como vagancia o mendigar. La pobreza o su condición de inmigrantes eliminaban la posibilidad de ser cuidadas por miembros de su familia, si es que la tenían”*.

El loquero de la Isla de Blackwell albergaba el doble de pacientes de lo que permitía su capacidad. Las condiciones en las que vivían las internas mostraban una horrorosa negligencia. La comida consistía en pan seco o crudo, carne en mal estado y agua sucia. Abundaban las ratas y las pobres internas sufrían golpes, baldazos de agua fría y eran objeto de maltrato de todo tipo, incluso abusos sexuales.

En otra observación, la autora muestra que los manicomios lo son hasta en su más absurda y siniestra razón interna: *“... desde el momento que entré al pabellón de locos en la isla, no hice ningún intento por seguir asumiendo el rol de la locura. Hablé y actué como lo hago en mi vida común. Y aún más extraño, mientras más cuerdamente hablaba y actuaba, más loca me creían”*.

Al cabo de diez días, lapso que sugirió el título de su memorable informe, Bly quiso abandonar el lu-

gar pero no logró convencer a nadie de que era una periodista encubierta y no le permitieron salir sino gracias a la intervención de un abogado que envió su periódico para rescatarla: *“Por diez días -relata- había sido una de ellas, estúpidamente me parecía tremendamente egoísta dejarlas a su sufrimiento. Sentía un deseo quijotesco por ayudarlas con mi presencia. Pero solo por un momento. Los barrotes habían bajado y la libertad era más dulce que nunca para mí”*.

El alivio por recuperar la libertad no le impidió partir embargada por sentimientos encontrados: *“Dejé el pabellón de los insanos con gusto y culpa: gusto porque una vez más podía disfrutar el libre aliento del cielo, culpa porque no pude llevarme a algunas de las desafortunadas mujeres que vivieron y sufrieron conmigo y quienes estoy segura estaban tan cuerdas como yo lo era y lo sigo siendo”*.

Tras su relato la periodista logró lo que ella denominó como un *“premio consuelo”*, ya que la administración decidió entregar una mayor cantidad de dinero para mejorar la vida de las pacientes.

La novela permite reflexionar sobre lo que implica la locura femenina. Logra transmitir la idea, defendida no solo por la autora sino por otros, de que el diagnóstico puede estar al servicio de discursos y prácticas que favorecen la estigmatización, la alienación y la cosificación de las enfermas mentales. *Diez días en un psiquiátrico* plasma una narrativa de denuncia, de activismo, pero también un relato introspectivo y personal, pudiendo convertirse en un camino posible para la comprensión del sufrimiento psíquico e inspirar algunas reflexiones para descubrir lugares y prácticas de recepción y tratamiento de la locura frecuentemente invisibilizados.